

## PRESENTACIÓN DE TOMÁS SEGOVIA EN SU PRIMERA LECTURA DE POEMAS

México, 1949

Todas esas personas que, ya juntas, llamamos público, cuando informan o se informan de tal artista joven, hablan siempre de su escuela o se preguntan por ella, por su manera, sus influencias, sus parecidos. Esas personas dan o reciben los preciosos datos, y se quedan tan satisfechas; nunca las veremos interesadas por *el ser central* de ese artista, porque lo que ellas quieren en realidad es hablar de eso, de trajes; ignoran que un artista nace desnudo, desnudo y... aterido; ignoran que en el primer momento de conciencia se echará encima, para taparse y tapar incluso lo que viene a decir -puesto que, por la dolorosa gustosidad que encuentra en su expresión, ya comprende él que se trata casi de un pecado-, se echará encima, digo, lo primero que encuentre: tal o cual manto de otro, posiblemente excesivo para sus pobres huesos juveniles. Pero debajo de esas ropas primeras -que todos reconocemos- no debe olvidarse que hay un ser, un ser que no es otro sino ése, y en ocasiones se trata incluso de un ser que lleva escondida una desgarrada originalidad -los cuadros de la primera época del Greco, quizá el artista más original que ha existido nunca, son, como se sabe, un descarado calco del Tintoretto-; mas las personas que forman esa especie de masa o pasta que llamamos público, superficiales como críticos, piensan que original quiere decir diferente. Desde el siglo XIX, es decir, desde el siglo del *adelanto*, el arte pasa por esa noche oscura de lo constantemente distinto. La manía de invención es una peste que nos ha durado siglo y medio, y que ahora parece estar, por fin, perdiendo virulencia, debilitándose. Todo el arte moderno es fragmentario, entrecortado, inorgánico por eso, porque se apoya siempre en la personalidad; considerado desde un punto de vista más alto, el arte moderno parece como un gran baile de máscaras, es decir, como un gran muestrario de personalidades, con lo que tiene el carnaval de absurdo, de anacrónico; y los asistentes a ese sarao parecen haber volcado todo su talento en la manía de la diferenciación. Pero la verdadera originalidad es otra cosa más interior, más secreta, y tan honda que es en realidad lo último que aparece en un artista. Desconfiemos, pues, de los originales prematuros, ya que nos traen cosas nuevas por carecer de cosas eternas; posiblemente, ese fue el drama de Rimbaud.

Hoy estamos ante un poeta que tuvo tanta precipitación, tanta fatalidad de expresar unos sentimientos, unos sentimientos que él sabía tan propios, tan suyos, que no temió decirlos con palabras deliberadamente ajenas. Pero no se trata aquí de una copia, de una imitación, sino más bien de un desamparo, de un frío en torno suyo, como huérfano de lo actual. En su decidida inclinación por un poeta como Juan Ramón Jiménez, tan clásico y venidero, es decir, tan fuera de moda ya, se me figura ver, además de un homenaje, el disgusto por toda esa retórica suelta, indecisa, blanda, que forman esos poemas como fardos, a donde va a parar todo, todo un material neutro, compuesto de lirismo, filosofismo, socialismo, sexualismo, etc.; eso es lo que se llama hoy ser un poeta que no vive al margen de su tiempo, que no está en las nubes, que no esquiva las cuestiones del presente. Yo comprendo que toda república bien organizada expulse de su seno, como dicen, al poeta, pero lo que no comprendo es que se quiera convertir al poeta en otra cosa. Además, hoy se habla mitinescamente de graves problemas realistas, como si cualquier otro tiempo fuera una balsa de aceite. Es inútil y tonto buscar palabras como egoísta, inhumano, traidor para caracterizar a un Goethe, por ejemplo; quien nos ha dado el *Fausto* no puede ya ser más generoso, y no se crea

que me refiero a una generosidad artística, sino precisamente humana, humana pero grande, no una generosidad mezquina, como para entre vecinos, que es la generosidad que entiende el honrado hombre corto. Un poeta, es decir, un artista, ha sido siempre un ser extemporáneo, difícil, fuera de lugar y tiempo, desentonante; quemémoslo, si eso es absolutamente necesario para la tranquilidad de todos, pero no lo deformemos.

Hoy estamos aquí ante un poeta con una gran pureza de sentimiento: principio fijo del arte grande. Entremos hasta el centro de esos poemas, pero quizá sin escucharlos todavía, porque aún no tienen voz, sino sentir, un sentir propio, un sentir original, una riqueza muda. Porque, en arte, lo último es el verbo.

OBRA COMPLETA Tomo II  
Pre-Textos, Valencia, 1992